

Antología de Cuentistas Argentinos".

Resultaba curiosa la experiencia del autor (en este caso traductor de nuestros autores), por desarrollar en su patria una tarea insólita, ardua y de importante significación para nosotros los argentinos.

Se trata de un intelectual ateniense, Jorge Houzmouziadis, radicado durante un tiempo en nuestro país. Aquí conoció a buena cantidad de colegas escritores, quienes lo iniciaron en el conocimiento y análisis de la literatura actual en la Argentina. De allí surgió la idea y en posterior viaje a su tierra comienza la traducción que comentamos y que alcanza un destacado nivel como tarea.

Integran la antología los siguientes autores y obras: Juan Carlos Dávalos **"El Viento blanco"**; Leopoldo Lugones **"El milagro de San Wilfredo"**; Jorge Luis Borges **"El Aleph"** y **"La intrusa"**; Leónidas Barletta **"El hombre que alimentaba a su sombra"**; Mateo Booz **"El demonio negro"**; Benito Lynch **"El potrillo ruano"**; Luisa Mercedes Levinson **"La isla"**; Sil-

vina Ocampo **"La hija del toro"**; Ricardo Güiraldes **"El rescoldo"**; Horacio Quiroga **"Los leñadores"** y Arturo Cancela **"El suicida y el león de Persia"**.

La idea de la obra fue concretada gracias a la colaboración conjunta de los autores o sus representantes y la Editorial Universitaria de Buenos Aires, quienes cedieron sin cargo alguno los derechos, en todos los casos. La mayoría de ellos integraban el volumen **"Cuentistas y pintores argentinos"** publicado por EUDEBA en sus comienzos empresarios. La publicación entre nosotros alcanzó entonces meritorio auge.

La obra de EUDEBA contribuyó además con las ilustraciones de los Pintores Berni, Basaldúa, Battle Planas, Soldi y Seoane, en impecables grabados que complementan el esfuerzo, en manos ya del lector griego común.

Houzmouziadis, en la presentación "a manera" de prólogo, hace referencias curiosas sobre la preparación de la obra, reproduciendo al final un diálogo que mantuvo en oportunidad de una entrevista mantenida con Borges. Durante la charla, el autor mani-

fiesta a Borges el interés por incluir en sus traducciones el cuento (o novela corta, no sabremos nunca muy bien) **"Hombre de la esquina rosada"**. Borges, molesto, se lo prohíbe, arguyendo discrepancia por lo que interpreta y llama "preferencia en el extranjero" e invita a su interlocutor a la relectura de otras de sus cosas. Si la antología de Houzmouziadis incluye **"El Aleph"** y **"La intrusa"**, como exponentes borgistas, se debe a la "preferencia" de Borges y no a otra cosa. Pero el antologista no deja de deplorar la no inclusión de **"Hombre..."**, una obra, dicen que impreciona al lector; que encierra mucho color local... "etc."

Sin embargo esta Pequeña Antología, cuyos méritos nos antepone a destacar y cuyo valor es grande, es forzosamente eso: una Pequeña Antología. Han quedado fuera de ella muy buenos autores nuestros. Pero aquí cabe también consignar la disculpa del autor, lamentando tales omisiones... y finaliza: **"Anhele continuar un segundo tomo para corregir esta falta"**. □

H. Sayago

A propósito de una nota bibliográfica

TREJO NO FUNDO LA UNIVERSIDAD

En la entrega de la nuevamente renovada revista **"ESTUDIOS"** correspondiente al mes de diciembre del fenecido año 1967, aparece una nota bibliográfica sobre el t. II de la **Historia de la Iglesia en la Argentina** que está publicando el talentoso y meritorio P. Cayetano Bruno SDB. Por supuesto que esta obra, de tan gran aliento y monumental envergadura, es digna ya de los mejores elogios y de colocarse a la par, por lo menos, de sus similares referentes a la Iglesia en otros países de Hispano-América, sin que ello excluya

los inevitables errores o deficiencias inherentes a toda obra humana. Porque sólo las obras de Dios son perfectas.

Y esto se hace también extensivo a la nota bibliográfica a que nos referimos. Porque el autor del libro no comparte —y menos con tanto entusiasmo— cierta opinión que el autor de la citada nota parece querer atribuirle. Es la que se refiere a la supuesta fundación o creación jurídica de la que se llamó Universidad jesuítica de Córdoba por el Obispo de Tucumán, Don Fray Fernando de Trejo y Sana-

bria. Conocemos al autor de la obra y conocemos su opinión contraria a la paternidad de dicho Obispo respecto de dicha Universidad. Verdad es que él no ha querido expresar directamente esta opinión, no porque no la tenga, sino solamente para rehuir la polémica y mantenerse equidistante entre ambos extremos de la casi secular controversia. En las págs. 389-399, donde trata el tema, ha evitado con el mayor esmero el dar a Trejo, ni una sola vez, el título de "fundador" del colegio máximo jesuítico, llamado "universidad" de

Córdoba. Esa es su posición, conscientemente adoptada. Sólo en la nota 10 de la pág. 399 da cuenta de la controversia, diciendo que "el asunto de si corresponde al obispo Trejo o a la Compañía de Jesús la gloria de la fundación, se ha prestado a viva controversia". Cita luego los principales autores que en ella han intervenido y termina diciendo que la "obra de fondo" sobre el tema es la del P. Avelino I. Gómez Ferreyra, S. J., **En defensa del Obispo Trejo** (Bs. As., 1944), quien llega a las siguientes conclusiones: "El obispo Trejo 1) no pudo ni intentó ser fundador del colegio máximo de los jesuitas, que, en realidad, ya existía; 2) intentó ser fundador-dotador; 3) pero sólo llegó a ser "insigne benefactor", y esto —pudo haber añadido— más afectiva que efectivamente. Cómo llegó a ser una realidad aquella primitiva universidad o, mejor dicho, aquel colegio jesuítico que, por un privilegio especial del Rey y del Papa, común a todos los demás colegios jesuíticos de las Indias Occidentales y Filipinas, fue autorizado para conferir grados universitarios en artes y teología a alumnos no-jesuitas, nos lo dice el P. Bruno en la p. 396, 4: "La Compañía de Jesús, en realidad, ya venía agenciando desde 1610 la erección de universidades privadas para sus colegios máximos de ultramar. Por este trámite, precisamente, llegaría el proyecto a madurez". Y, por cierto, sin ninguna intervención del obispo Trejo, como lo dice a continuación: "En 1612 el procurador de las Indias, Padre Francisco Figueroa, presentaba formal solicitud a Su Majestad, en orden a la concesión de grados universitarios para los colegios jesuíticos de Chile, Tucumán y Nueva Granada. Y tras nuevo memorial de 13 de junio de 1613, alcanzaba real cédula favorable".

Córdoba en "el montón"

En realidad, si hemos de hablar con mayor precisión histórica,

nunca agenciaron los Jesuitas "la erección de universidades privadas para sus colegios máximos de ultramar", sino sólo la simple autorización del Rey y luego del Papa a fin de que sus colegios de las Indias en los que se dictaran las cátedras de Artes o Filosofía y Teología, pudieran conferir en esas dos disciplinas a sus alumnos no-jesuitas los mismos grados académicos que otorgaban las universidades públicas de México y Lima y con igual validez, para que dichos alumnos no tuvieran que viajar a tan lejanas ciudades con el solo fin de graduarse y obtener sus títulos.

Lo cierto es, por consiguiente, según lo acaba de asentar el P. Bruno, que, en virtud de la Real Cédula del 13 de junio de 1613, obtenida gracias **exclusivamente** a los perseverantes esfuerzos del P. Francisco de Figueroa ante el Rey, todos los colegios jesuíticos de Hispano-América en los que se enseñaran Artes y Teología, fueran o no colegios "máximos", si distaban más de doscientas millas de las Universidades de México o de Lima, quedaban autorizadas por el Rey para otorgar los mismos grados que en dichas disciplinas conferían esas dos Universidades, ahorrando así a los alumnos los largos viajes e ingentes gastos que demandaba su traslado a las mismas. Esta concesión real necesitaba entonces, para su aplicación, una expresa confirmación pontificia, la que otorgó el Papa Gregorio XV mediante el Breve del 8 de agosto de 1621, obtenido también por los esfuerzos del citado P. Francisco de Figueroa, con el apoyo expreso del Rey y del Embajador español en Roma, sin que en todos estos largos trámites y laboriosas gestiones hubiera rastro alguno de consejo, apoyo, mediación o intervención del Obispo Trejo, ni de ningún otro Obispo de América.

Córdoba, pues, quedó incluida en el "montón", digamos así, de todos los colegios jesuíticos de Hispano-América que, desde el 13 de junio de 1613 y sin sa-

berlo aún, gozaban del real privilegio de conferir grados universitarios en filosofía y teología a los alumnos no-jesuitas que cursaran cinco años en sus aulas, fueran o no "máximos" dichos colegios, término ese que jamás mencionaron ni la real cédula, ni el Breve pontificio, ni los mismos jesuitas. El privilegio se pedía para todos los colegios en los que se enseñaran artes y teología y no sólo para los colegios máximos. Y así se concedió. Pues podían existir colegios máximos en los que no se enseñaran artes ni teología, y entonces a ellos no alcanzaba el privilegio. Está, pues, bien claro en la obra del P. Bruno, a quien, por tanto, no puede atribuirse la opinión contraria, que si el colegio de Córdoba, como muchísimos otros de Hispano-América y Filipinas, fue convertido en una especie de universidad o cosa equivalente, ello se debió **exclusivamente** a las gestiones del jesuita madrileño P. Francisco de Figueroa, movido a ello por los ruegos de los Superiores jesuitas de Hispano-América, empeñados en facilitar a la juventud la obtención de sus grados universitarios, sin tener que acudir a México o a Lima para alcanzarlos. Si la Real Cédula del 13 de junio de 1613 hubiera sido obtenida por gestiones exclusivas del Obispo Trejo y Sanabria, seríamos los primeros en proclamarlo y todos los países de Hispano-América y Filipinas deberían erigirle una estatua y proclamarlo primer promotor, primer gestor e **indiscutido** "fundador" de sus primitivas universidades. Pero los documentos contemporáneos nos dicen otra cosa y a ellos nos atenemos, sin que esto ceda en desmedro de la gloria o del prestigio del, por otros títulos, ilustre Obispo, ni signifique **apasionamiento** de ninguna clase. Se trata solamente de la más elemental honestidad histórica y científica o, si se quiere, de un acto de justicia distributiva, que da a cada uno lo que en justicia le corresponde: **unicuique suum!** Es lo que se deduce con claridad de la obra del P. Cayetano Bruno.

¿Academia. o Universidad?

Pero es necesario dejar bien en claro que aquel insigne Obispo nunca pensó ni pretendió erigir o fundar una universidad, como todavía se empeñan algunos en creer, por no haber profundizado bien el tema. Uno de los principales argumentos que esgrimen —si no el principal— es que en 1613 habló en Córdoba de fundar una "academia", término que, según esos autores, era entonces sinónimo de "universidad", lo mismo que la palabra "estudios" o "estudios generales", también empleada por el citado Obispo. Pero sabiendo, como se sabe, que en la época de Trejo existían muchas academias que no eran universidad, ni conferían grados universitarios de ninguna clase, el argumento pierde todo su valor. Tampoco "estudios", ni "estudios generales" eran sinónimos de "universidad". Y prueba al canto. Para seguir hablando sólo de Córdoba, digamos que cuando se trataba de convencer al Rey de la necesidad de trasladar a esta ciudad la sede del Obispado de Tucumán desde Santiago del Estero, entre los argumentos que se aducían estaba el de que las órdenes religiosas de Santo Domingo, la Merced y San Francisco tenían "estudios" bien montados en sus conventos de Córdoba, lo que daba jerarquía a la ciudad, sin que a nadie se le ocurriera decir por eso que cada una de esas órdenes poseía en Córdoba una "universidad". Y en 1784 el Obispo Fray Antonio de San Alberto informaba al Rey que eso que en Córdoba están llamando "universidad", nunca fue otra cosa que los "estudios generales" que tenían los "expulsos jesuitas", a los que el Rey y el Papa otorgaron el "privilegio" de conferir grados universitarios, sin que por eso tuvieran jamás el derecho de llamarse ni ser "universidad" como las de los reinos de España. Luego, si "estudios" o "estudios generales" eran sinónimo de "universidad", se seguiría en correcta lógica que ya la tenían los

jesuitas en Córdoba y en toda América antes de que el Rey y el Papa la concedieran, lo que es sencillamente absurdo. Conclusión: ni "academia", ni "estudios", ni "estudios generales" fueron en aquella época, necesariamente, sinónimos de "universidad". No debe, pues, insistirse en ello, ni volverse a decir que porque Trejo habló en 1613 de "academia", o de "estudios", o de "estudios generales", habló de fundar una universidad. Esto no es seriedad científica.

Ni los jesuitas, pues, ni mucho menos el Obispo Trejo fundaron jamás en Córdoba, ni en ninguna otra parte de Hispano-América una "universidad" en el sentido estricto de la palabra. Y eso ni antes ni después de que el P. Francisco de Figueroa lograra la Real Cédula de Felipe III y el Breve Pontificio de Gregorio XV.

Más claro imposible

Los Jesuitas fundaron en Córdoba en 1609 sus "estudios" o facultades de Artes y Teología, además de los estudios de Gramática y Humanidades, no sin disgusto del Obispo Trejo y del Gobernador, quienes deseaban que los Jesuitas establecieran ese su Colegio no en Córdoba, sino en Santiago del Estero, sede del gobierno civil y del eclesiástico. Tres años seguidos funcionaron en Córdoba esas dos facultades de Artes y Teología (o sea, 1609, 1610 y 1611), hasta que en febrero de 1612, para aliviar la situación económica del colegio de Córdoba, fueron **provisoriamente** enviados a Chile los veinte estudiantes de Artes y Teología, junto con sus maestros, mientras mejoraba la situación económica del colegio de Córdoba o se encontraba el "fundador económico" que desde 1609 andaba buscando el Provincial P. Diego de Torres por orden de Roma. Ese traslado **provisorio** a Chile de veinte estudiantes jesuitas no significó el traslado a Chile del "Colegio Máximo" de Córdoba, como afirman algunos autores. El de Córdoba siguió siendo el Colegio "Máximo" o **principal** de la pro-

vincia jesuítica del Paraguay, pues eso y no otra cosa significaba "colegio máximo".

En junio de 1613 llega a Córdoba por primera vez el Obispo Trejo y es informado por el P. Diego de Torres de la estrechez y pobreza que aflige a ese colegio de Córdoba, por lo que ha sido necesario suprimir provisoriamente las dos facultades de Artes y Teología y enviar a Chile a sus estudiantes. Se informa igualmente de que estas dos facultades no volverían a Córdoba mientras no se contase con una "fundación económica" suficiente para mantener a esos estudiantes con sus profesores. El Obispo, que deseaba existieran en su Diócesis esas facultades y que a sus clases pudieran asistir también los "hijos de los vecinos", entre los que se contarían, sin duda, sus futuros "seminaristas", es informado igualmente por el P. Diego de Torres de que no sería difícil obtener del Rey y del Papa la autorización para otorgar a dichos alumnos los grados universitarios, como lo estaban pidiendo los demás colegios jesuíticos de América y lo había conseguido el de Santa Fe de Bogotá, acepta los planes del P. Torres y se ofrece a ser el "fundador" o "dotador" económico del colegio de Córdoba. Le toma la palabra el hábil Provincial Diego de Torres y, para que no quede todo en meras promesas, le pide se comprometa a ello mediante "escritura pública", la que firma el Obispo el 19 de junio de 1613. Con ese documento en la mano, Diego de Torres ordena que vuelvan a Córdoba los estudiantes de Artes y Teología que provisoriamente emigraron a Chile, y lo hacen a principios de 1614, reanudando de inmediato las clases aquí interrumpidas dos años antes.

No eran, pues, nada nuevo en Córdoba las dos facultades de Artes y Teología, que venían funcionando regularmente desde su fundación —por el P. Diego de Torres— en 1609, y sólo brevemente interrumpidas en 1612 y 1613. Como tampoco era nuevo el otorgamiento de

grados académicos, pues la Orden ignaciana, por privilegio pontificio, los confería a sus propios estudiantes que aprobasen los exámenes "de universa philosophia" y "de universa theologia" o "ad Gradum", como se lo llamaba. Pero esos grados académicos tenían validez solamente dentro de la Orden, sin reconocimiento "estatal". Lo que desde 1609 gestionaban los Jesuitas en Madrid y Roma era la autorización real y pontificia para conferir esos grados académicos o universitarios a los estudiantes extraños a la Orden que cursaran aquellas dos facultades en sus aulas, y que dichos grados tuvieran la misma validez que los otorgados por las dos únicas Universidades públicas reconocidas por el Estado español: las de México y de Lima. Y es lo que consiguió del Rey y del Papa el citado P. Francisco de Figueroa, sin la mínima ni la más remota intervención del Obispo Trejo y Sanabria, que nada sabía aún de lo que gestionaban los Jesuitas de Hispano-América ante las Cortes Real y Pontificia.

En eso y sólo en eso consistió la tan famosa "universidad" de Córdoba, como las demás "universidades" jesuíticas de América y Filipinas: simples Colegios que dictaban cátedras de filosofía y teología, autorizados para graduar en dichas disciplinas a los alumnos no-jesuitas o "hijos de vecinos" que estudiaran en dichos Colegios, y eso fue lo único que éstos tuvieron de "universidad", por lo que, abusivamente, el vulgo los llamó "universidades", sin que fueran estrictamente tales. Y a pesar de que desde Roma se les advertía severamente que no se dieran el título de "universidades", pues no lo eran o, como prescribía el P. Oñate en la 1ª de sus 37 famosas "Ordenaciones":

"No demos a nuestros **estudios** nombre de universidad, ni tomemos armas propias, mazas y pendón, como ellas, ni pretendamos ningún género de jurisdicción sobre los estudiantes, pues no la tenemos por la Bula".
Más claro, imposible. Tal prohi-

bición no era una "norma de prudencia", sino que respondía a la más objetiva realidad. Si, andando el tiempo, no fue ella estrictamente observada, y se labraron "armas propias" o escudo, etc., no fue porque tal "ordenación" no continuara en vigencia, sino porque prevaleció la "costumbre" contraria en el pueblo y en la masa estudiantil.

Discutido fundador

Por lo tanto, desde 1609, año de la fundación del Colegio, hasta 1767, año de la expulsión de los Jesuitas, no hubo en Córdoba cosa alguna nueva que significara el comienzo de una Universidad: artes y teología había en 1609; artes y teología hallamos en 1767. Ni una sola "facultad" más; las mismas asignaturas, los mismos planes de estudios, las mismas cátedras, los mismos horarios y distribución de clases, etc., etc., en esos 158 años.

¿Dónde estuvo, pues, la "universidad fundada" por el Obispo Trejo? Porque si lo que **fundaron** los Jesuitas en 1609 es lo mismo que encontramos en 1767, es decir, las dos facultades de artes y teología, sin ninguna otra añadidura en los estudios, debemos concluir con todo rigor de la lógica que nada tuvo que ver aquel Prelado en la "creación" de aquel centro de altos estudios, fundado ya en Córdoba cuatro años antes de que el Obispo visitara por primera vez esta ciudad y firmara, por exigencia del Provincial P. Diego de Torres, la famosa "escritura de promesa y donación" el 19 de junio de 1613, que hoy se pretende sea nada menos que el "acta de fundación" de la actual Universidad Nacional de Córdoba. Pero no hay que extrañarse, pues de estas falsificaciones está plagada nuestra historia nacional.

Y si lo único "nuevo" que encontramos en el Colegio de Córdoba y en todos los demás colegios jesuíticos de América es la autorización para que los "hijos de vecinos" asistan a sus aulas y reciban en ellos —por mano de los respectivos Obispos dioce-

sanos— los grados que antes sólo podían otorgar las universidades de México y de Lima, y este privilegio lo ha obtenido del Rey en 1613 y del Papa en 1621 exclusivamente el P. Francisco de Figueroa, preguntemos nuevamente: ¿dónde estuvo la universidad "fundada" por el Obispo Trejo?

Algunos creen encontrarla en una carta que el Obispo escribió al Rey en marzo de 1614 pidiéndole concediera al Colegio jesuítico de Córdoba la facultad de conferir grados y creen también ver en dicha carta "el primer paso oficial" del Prelado para fundar la universidad. Pero no comprendemos cómo escritores que al despropósito defienden no caen en la cuenta de que el Rey ya había concedido hacía casi un año lo que en esa carta episcopal se pedía, y no sólo para Córdoba, sino para toda América, aunque la noticia no había llegado aún a noticia del Obispo Trejo ni del P. Diego de Torres. Por éste, evidentemente, había sido inspirada esa carta y, tal vez, por él mismo redactada para que la firmara el Obispo. Una carta de mera "recomendación" y nada más, como varias otras que escribieron, por pedido de los mismos Jesuitas, algunos Obispos y Reales Audiencias de América, para urgir en Madrid el despacho favorable del asunto, cuya gestión, como hemos dicho y repetido, correspondió exclusivamente al P. Francisco de Figueroa y no al Obispo Trejo ni a ningún otro Prelado de América. Todo esto es tan claro y evidente, que sólo retorciendo los documentos para hacerles decir lo contrario de lo que realmente dicen puede alguien todavía seguir creyendo de buena fe en la indefendible e inexistente "fundación" del Obispo Trejo, como lo demostró, sin posible réplica, el Real Consejo de Indias en su terminante y definitivo "dictamen" de 1800, en el que probó de una vez para siempre "ser notorio error" el considerar al Obispo Trejo como "fundador" o "dotador" del Colegio Máximo de Córdoba del Tucumán, como también que sólo a éste se había

concedido la facultad para conferir grados académicos, la que había cesado en el mismo momento de la expulsión de los Jesuitas, por lo que Córdoba quedó sin Universidad o cosa equivalente desde 1767 hasta 1808 en que entró el Clero secular, con el Deán Funes como primer Rector, a la **nueva** Universidad de

"San Carlos y Nuestra Señora de Monserrat" **fundada** por el rey Carlos IV. Fueron, pues, nulos e inválidos los grados universitarios que confirieron los PP. Franciscanos durante los 40 años que rigieron los "estudios" dejados por los Jesuitas. Y es un mito y un error histórico garrafal llamar "Casa de Trejo" a la que nunca

lo fue y ni siquiera existía cuando murió el tan zarandeado Obispo, a quien, por tanto, no puede llamarse "**indiscutido** fundador", pues fuera del título de "maestro" atribuido a Sarmiento, ningún otro tan **discutido** como el de "fundador" atribuido a Trejo. □

Av. Ign. Gómez Ferreyra

DE LAMENNAIS A MARITAIN

Julio Meinvielle - THEORIA - dic. 1967

"DE LAMENNAIS A MARITAIN" es algo más que un paralelo: es una identificación.

Acerca de Lamennais, nada mejor que la síntesis biográfica del mismo Meinvielle, en la nota de págs. 22-23 que transcribimos:

"Felicidad Roberto, llamado de La Menais y que, a partir de 1827, firma simplemente Lamennais, nació en Saint-Malo, el 19 de junio de 1822. Huérfano a la edad de cinco años, se formó solo. A los 10 años había leído a Rousseau. Por presión de su hermano Juan, entró en el seminario y se ordenó el 9 de marzo de 1816. En su vida hay que distinguir un **período católico** (1816-1834) y un **período no católico** (1834-1854). Escribió primeramente su conocida obra **Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión**, que le acarrió "en un solo día el poder de Bossuet", en frase de Lacordaire. Aunque inficionada (el texto dice inficcionada, suponemos que error de copista o inadvertencia del corrector) por el error del tradicionalismo, cuyo gran representante era Bonald, en esta obra defiende Lamennais la tesis católica de la subordinación del Estado a la Iglesia. Es considerada como típicamente ultramontana. En 1829 escribe **Los progresos de la revolución y la guerra contra la Iglesia**, que señala ya la posición liberal de Lamennais que se va a afirmar netamente en el diario **L'Avenir** (16 de oct. 1830 - 15 de nov. 1831) donde le rodearon como colaboradores entre otros, Lacordaire y Montalembert. Condenado por Gregorio XVI en la **Mirari Vos**, se sometió en apariencia, pero al publicar **Palabras de un creyente**, folleto demagógico e impío, fue condenado expresamente por la **Singulari Nos**, del 7 de julio de 1834. Desde entonces se entregó al socialismo y fue elegido diputado en 1848. Murió el 19 de marzo de 1854, dando muestras exteriores de impenitencia y, en cumplimiento de su voluntad, su cadáver fue echado en la fosa común del Père-Lachaise".

Maritain es otra circunstancia. No llega por imposición. Tampoco viste el hábito talar. Es un filósofo que incursiona satisfecho en la teología preocupado no por los problemas de Dios sino por la

diversidad sin equilibrio de los problemas humanos. En algún momento contempla su obra, en perspectiva de retorno, y algo de temor lo sacude fuertemente como para exclamar: "Yo temería más bien ahora haberme hecho demasiado conciliador", tal cual publica en **Revue Thomiste**, París, 1948, y que el mismo Meinvielle cita antes de su Introducción.

Pero se identifican en la desvirtuación de Dios: ambos nos construyen (o pretenden) un Cristo sociniano; ambos contemplan la angustia del hombre resolviéndose dentro del hombre; ambos intentan crear la Utopía de la Humanidad; ambos pretenden que la Iglesia (la católica desde luego) sirva a esa utopía, convirtiéndose simplemente en un medio. Julio Meinvielle toma alternadamente las obras de uno y otro autor, demostrando la identificación. Después explica el error. Y esto, así, es conveniente, porque la falsedad del razonamiento filosófico induce en error a los lectores. Con toda fuerza, con toda seguridad, a la luz de la doctrina inmovible de la Iglesia, y por sus documentos, Meinvielle fustiga aquel error y restablece la verdad.

Julio Meinvielle indica en la reedición de esta obra, que no lo hace para polemizar con Maritain, sino señalar la virtualidad actual de su propia posición. Bien; sea sí. Pero no quita que la polémica primera subsista, con esforzado vigor, y que además sea necesaria.

La reedición "DE LAMENNAIS A MARITAIN" se complementa con dos útiles apéndices, cuyos temas giran alrededor del problema fundamental de la obra. El primero es una crítica al último libro de Maritain "El campesino de la Garonne", editado en París en 1966 por Desclée de Brouwer. El segundo es un comentario acerca de "La Declaración Conciliar Sobre Libertad Religiosa y la Doctrina Tradicional".

Estos apéndices hacen aún más interesante, si cabe, el libro de Meinvielle, que por lo demás no es una obra exclusiva para católicos. Es imprescindible para quienes frecuentan los caminos de la filosofía.

En cuanto a la edición en sí, bien presentada por Editorial THEORIA, tiene, no obstante, algunos defectos, o descuidos, en la corrección: pequeños (y feos) grupos en una tersa piel. □

Eliseo F. Prieto.

LA PROBLEMÁTICA DEL LENGUAJE

Edit. GUADALUPE - Bs. As. - 1967.

En una ágil presentación, la Editorial GUADALUPE nos entrega tres trabajos sobre este tema, enfocados en distintos aspectos por tres autores, compaginados en una obra sin una determinada conciliación.

La primera parte, EL LENGUAJE Y LO HUMANO, es obra del licenciado en filosofía José Luis LAZZARINI.

Es un libro tumultuoso, abundante, excesivo; sin la paciencia de reestudiarlo, reestructurarlo y corregirlo. El tono, en general, es más polémico que pedagógico. No se pensó, pequeña sutileza que casi nunca se tiene en cuenta, que el error está contenido mayormente en lo violento y lo impulsivo.

LAZZARINI ha buscado con violencia; expone con violencia; no tiene una determinada unidad para el enfoque de todo el problema, y parte de presupuestos tomados más o menos al azar. Es cómodo para enfrentar un tema. Pero grave. Y las citas son a medida de encontrar las citas.

Hay una búsqueda, es verdad. E intensa. Pero no es buena si no nos deja más que la violencia del acto, y un estado posterior de agotamiento por haber "salido" del problema. Además no se resuelve ni se determina nada, porque el conjunto de los capitulitos de esta primera parte están desarticulados. Y una posición final muy común a nuestro siglo: la cobardía, o por lo menos la indecisión, no por común menos injustificable, de soslayar el nombre de Dios como ápice y principio de la escala de valores. Y si se lo pronuncia en algún momento, es con el deseo de no parecer comprometidos con esa extraña teoría que nos ha establecido la obligación y la responsabilidad. Hablando de Dios no se pueden confundir los amores ni los temores. Esto, por fin, debería aclararnos una teoría del lenguaje, si recordáramos que no se puede denominar lo que no pasa de una convención (bastante relativa) y a la que desesperadamente se trata de ordenar. Cuando el hombre no busca la verdad lo inútil lo reviste con su angustia. ¡Y esto sí que merecería un libro!

Avanzando en el quehacer pedagógico, la segunda parte, EL LENGUAJE Y LA CULTURA, por Alejandro LOSADA, tam-

bién con licencia filosófica como informa la brevísimas reseña, se evade del problema genérico y lo circunscribe al caso argentino. Es libro polémico, con propósito de establecer un programa de enseñanza, o una totalidad de la enseñanza, aunque circunscripta al lenguaje. Su presunta relación con la cultura está construida con una rara forma silogística. La primera premisa establece que dicha relación es dudosa. La segunda, (de ninguna manera podemos decir mayor ni menor) que la cultura es la tradición. Confesamos avergonzados que no alcanzamos a penetrar en esta estructura. De estos dos enunciados surgen las diversas conclusiones de las cuales debemos ocuparnos, aunque en principio reconocemos la reincidente posición de LOSADA en cuanto a indagar "cómo es posible integrar al hombre joven en la cultura a través del lenguaje".

Sin transición, sin recordar cabalmente el planteo anterior, nos ofrece enseguida otra definición de cultura, como un ex abrupto, decidiéndola como "el intento de las generaciones de los hombres, por solucionar, en una estructura permanente, el problema de su existencia". Aclaremos: el deseo de la filosofía no es filosofía. Los enunciados sin antecedente no constituyen razón. Además se cae en excesos de construcción y en abuso de términos. Se dice por ejemplo: "Frente a esas fuerzas **inconscientes necesitantes** que **tencionan** (!) el mundo; o se sostiene que el hombre (observado repetidamente animal) "tiene que hacerse dueño de sí y de la naturaleza; no puede regresar al **estado prehumano de armonía con el mundo**". (Subrayados nuestros).

Entre la realidad y la verdad, por otra parte, media un largo camino no recorrido. No digamos alguna bibliografía más completa, pero por lo menos sería interesante meditar "El VALOR DE LA PERSONA HUMANA", de Giorgio LA PIRA; o El Génesis (¿quién va a negar que fue leído infinidad de veces!); y recordar que la trascendencia no procede del hombre sino de Dios. Siendo del hombre varía la escala de valores. Se tergiversa y se falsea, porque el hombre, pequeño corazón lleno de incertidumbres, de ninguna manera refleja, ni es, ni tan siquiera comprende lo Absoluto, ni lo imagina más que como nostalgia. La parte histórica de la evolución de la cultura tiene más acento, más seguridad; está escrita con énfasis vehemente si es que así puede decirse. Es una característica de la avasallante posición actual. Nuestro hombre puede repetir significativamente. Puede citar con brillante erudición, que es en resumen lo que nos ofrecen las Academias. Las Universidades que nos enorgullecen nos inundan de técnicos pero no nos dan un sabio. Esta diferencia, y sus razones, pasa completamente inadvertida. Tratándose de un recuento cultural, por lo demás referido a la Argentina, no nos podemos quejar de la enumeración.

En cuanto a su Apéndice bueno sería operarlo si es sincera la escueta respuesta al interrogante sobre cuál será la nueva cultura: "Sencillamente no lo sabemos porque aún no existe". Hacer cultura no es un cantar de ciegos. Por lo demás, de lo que no se sabe no entendemos cómo se puede escribir un Tratado o establecer las normas que hayan de regirlo.

La tercera parte, EL LENGUAJE Y LA REFLEXION CIENTIFICA, es una interesante monografía por la profesora Rosa Palma de CARPINETI.

La exposición, vivaz y estricta, es un leve descanso de las dos partes anteriores. Es un estilizado informe técnico y de posición con respecto a la enseñanza, admitiendo que el conjunto es lo importante y lo formativo para el alumno.

Sin profundizar mayormente es fácil compartir lo expuesto. En un buceo más profundo, en cambio, nos encontramos con un libro terminado de leer, confuso y desunido, en el cual el esperado (a priori) contenido de la problemática del lenguaje queda sin resolver. Nada grave ni definitivo. Apenas una desilusión.

PROBLEMATICA DEL LENGUAJE, de la Editorial GUADALUPE, salido de sus propios talleres, peca de graves errores. De construcción, gramaticales, sintácticos, de concordancia y de reiteraciones inútiles. Es evidente que la corrección ha sido muy superficial, o que ha estado en manos inexpertas. Hacemos gracia de galicismos, neologismos exorbitantes, sustantivos arbitrariamente convertidos en verbos y hasta de errores en el uso de los signos de puntuación. Abundan sobre todo en la primera parte, aunque en homenaje a la justicia, la presentación general mejora ostensiblemente, con una curiosa progresión, en las respectivas continuaciones. Resaltamos finalmente el recuerdo de la duda que atraviesa a lo largo del libro, la falta de unidad verdadera, y la falta de un compromiso más firme con las propias convicciones. □

Eliseo F. Prieto.

LIBROS RECIBIDOS

SOCIOLOGIA Y TEOLOGIA DE LA TECNICA

de Marín Brugarola, S. J. Madrid, 1967 - 616 Págs. Biblioteca de Autores Cristianos

EL DIALOGO SEGUN LA MENTE DE PABLO VI

(Comentarios a la "Ecclesiam suam") del Instituto Social León XIII, Madrid, 1965 - 613 Págs. Biblioteca de Autores Cristianos

CONTRA CELSO

Orígenes. Madrid, 1967 - 634 Págs. Biblioteca de Autores Cristianos

LA SAGRADA ESCRITURA

Antiguo Testamento - I **Pentateuco**. Texto y Comentarios por profesores de la Compañía de Jesús. Dirección: Juan Leal S. J. Madrid, 1967 - 1001 Págs. y mapas. Biblioteca de Autores Cristianos

REGIMEN JURIDICO DE LOS RIOS INTERPROVINCIALES

por José Angel Ochoa. La Pampa, 1967 - 364 Págs. Edición Oficial del Gobierno Provincial

GENESIS DE LAS ESTRUCTURAS LOGICAS ELEMENTALES

por Jean Piaget y Bärbel Inhelder. Buenos Aires, 1967 - 316 Págs. Editorial Guadalupe

FENOMENOLOGIA EXISTENCIAL

por W. Luyten. Buenos Aires, 1967 - 352 Págs. Ediciones Carlos Lohlé

DE LAMENNAIS A MARITAIN

por Julio Meinvielle. Buenos Aires, 1967 - 384 Págs. Ediciones Theoría.

CARLOS GUIDO Y SPANO, POETA Y HOMBRE DE BIEN

Pablo Fortuny, Buenos Aires, 1967 - 190 Págs. Ediciones Theoría.

HISTORIA DEL PAIS DE LOS ARGENTINOS

por Fermín Chávez. Buenos Aires, 1967 - 343 Págs. Ediciones Theoría.